

está en la punta de nuestras bayonetas.» La división Joubert decía de la Asamblea que era la oficina en donde se preparaba la restauración del trono y la muerte de la libertad. La división de infantería ligera de la Lombardía, decía en la suya:—«El cuartel general de la contrarrevolución está en el club de Clichy; los ejércitos purgarán la Francia, que atravesaremos como el rayo.» Estós manifestos contra la Asamblea popular, no podían ser más facciosos, ni más perturbadores de la disciplina, pero todavía eran más facciosas las cartas de Bonaparte, quién, el día 15, escribía al Directorio: «De un solo golpe podéis salvar la república; en 24 horas podéis obtener la paz. Si necesitáis fuerzas, llamad los ejércitos; destrozad las prensas de los diarios pagados por Inglaterra;» el 17 decía: «¿Queréis salvar cincuenta mil de vuestros mejores soldados que os costará la próxima campaña? Destrozad las prensas de los tres diarios realistas, cerrad el club de Clichy...» «¿Dominamos á Europa y no podemos obligar á un diario de Luís XVIII á la obediencia?» Y al otro día todavía escribe que no puede dominar la decisión y entusiasmo de sus tropas por el gobierno. Todavía el 23 volvió á aconsejar Bonaparte el golpe de Estado, y hasta haberse decidido no puso comunicación al gobierno en la que no aconsejase que se deshiciera pronto de sus enemigos.

Pero no se limitó á escribir, sino que envió á París á su ayudante Lavalette para que le dijera al Directorio, que podía contar con tres millones que le iba á enviar, y, el 17 de Julio, con el pretexto de tener Augereau que ir á París para sus negocios particulares le decía al Directorio que podía contar con Augereau quién, á su vez, le daría á conocer el estado en que se encontraba el ejército.

Augereau fué recibido en París por los tres directores con satisfacción inmensa. Nadie creía que no fuera el hombre destinado á reemplazar á Hoche, máxime al verle presentar al Directorio los originales de las manifestaciones dichas del ejército de Italia, y tomar desde luego el mando de la 17.ª división militar que comprendía la guarnición de París. Barras tenía razón en decir que su llegada había hecho palidecer más de un rostro, porque Augereau, era de los generales del ejército el más jacobino y revolucionario, y como su impetuoso carácter le impedía guardar á menudo las conveniencias sociales lo que estas reclaman, todavía parecía más exaltado de lo que era, y como todo el mundo sabía que en bravura é intrepidez sólo Kleber podía parangonarsele, Augereau resultaba un hombre temible para

todos los enemigos del gobierno á quienes amenazaba el golpe de Estado.

Si hasta antes de la llegada de Augereau el gobierno temía desafiar á los Quinientos y huía de toda provocación, la llegada del héroe de Castiglione y de Arcole le dió ánimos, y se atrevió nada menos que á justificar las manifestaciones del ejército. Esto sucedía el día 10 de Agosto, día precisamente elegido por Hoche para que su ejército celebrase como el de Italia la caída de la monarquía. Augereau de acuerdo con Hoche impulsaron á Moreau á que les imitase, pero el correcto Moreau no quiso asociarse á un movimiento peligrosísimo para la disciplina del ejército. Lo mismo hicieron Kellermann y Beurnonville, éste en el Norte y aquél en los Alpes. Pero se les hizo sentir el resultado de la negativa; á Kellermann se le retiró el mando y su ejército se puso á las órdenes de Bonaparte, por este medio Bonaparte estaba ya dentro de Francia, y nadie podía cerrarle el paso de los Alpes.

A su vez el Directorio alejaba de la administración á los moderados, y daba sus puestos á los antiguos hombres de la revolución, y como los Quinientos continuaban atacando su gestión financiera, dejó á las tropas del interior sin pagar, diciéndoles que los Quinientos tenían la culpa de ello, de modo que la situación se iba poniendo por uno y otro lado tan tirante, que iba á romperse indudablemente del primer tirón.

Pero Bonaparte no enviaba los tres millones, y lo que puso en más cuidado al triunvirato, en vez de los tres millones envió á Bernadotte que le trajo al Directorio junto con algunas banderas enemigas, los papeles cogidos en Venecia al conde de Entraigues, el Murat realista, por los que constaban las relaciones de Pichegru y Condé, pero como se dejó escapar á Entraigues, se podía tachar su veracidad, debiendo en consecuencia el gobierno renunciar á la acusación de Pichegru por continuar careciendo de pruebas indubitables. Pero Bernadotte había ido á algo más á París. Debía vigilar á Augereau, pues el movimiento que se preparaba ya no merecía de Bonaparte el incondicional apoyo de antes, porque Lavalette le había escrito que los moderados del Consejo de Quinientos estaban dispuestos á elegirle director más adelante; pero ya no era posible retroceder, y por esto tampoco hacía caso de las cartas de Carnot que le exponía cual era la situación de los partidos políticos y lo poco que se debía temer un movimiento francamente realista.

Los constitucionales, en efecto, guiados por Thibaudeau, Pastoret, Dumas y otros, decían que era

preferible que fueran vencidos por los directores, mejor que por los borbones, pues así y todo querían resistir al triunvirato, pero en vano acudieron á Carnot, éste siempre ante el temor de que los realistas no pudieran aprovecharse de todo movimiento de fuerza, predicaba la unión y la concordia, pero esta unión no era posible, porque los convencionales como le decía Treilhard al general Dumas, necesitan una política francamente anti-realista y borbónica, y los constitucionales andan demasiado metidos con estos irreconciliables enemigos de la revolución para que no deban temer por su seguridad.

En fin, todavía esta situación llena de peligros y de incertidumbre se habría prolongado, si Pichegru no se hubiese decidido á atacar, y si su plan no hubiese sido conocido por el Directorio.

Debía el día 3 de Setiembre, Marsan amigo de Pichegru y Willot, subir á la tribuna y pedir la acusación de los tres directores que la mayoría votaría de plano. En seguida los dos generales se pondrían al frente de la guardia de los Quinientos, y atacarían al Luxemburg para apoderarse de las personas de los tres directores. El Directorio resolvió en su vista prepararse para el 3 de Setiembre esperando el ataque. Pero el 17 de fructidor pasó sin novedad, porque habiendo sustraído una mano desconocida un ejemplar, las alocuciones y proclamas que había hecho imprimir el Directorio, se vió por ellas que se acusaba á Pichegru de traidor, lo que asustó á Thibaudeau, quién pidió explicaciones al general delante de las cuestores de la cámara. Pichegru, naturalmente, negó la acusación, pero le hizo temer por su empresa, y Marsan no se presentó á la tribuna.

Por la noche atacaba el Directorio. Augereau mandó rodear las Tullerías por 10 ó 12.000 hombres, con orden de prender á todos los diputados que allí encontraran, y luego acudió en persona para incorporar á sus tropas la guardia de la asamblea, que, á las órdenes de su comandante Ramel respondió que no quería batirse por Luís XVIII. Augereau fué quien rodeado de un brillante Estado mayor del que formaban parte Santerre, Rossignol, y otros jefes revolucionarios, prendió á Ramel que sus soldados ni siquiera intentaron defender. Dispersados por la sorpresa los diputados de los dos Consejos, los indicados en las listas de proscripción fueron presos aquí y allá; varios de ellos lo fueron al querer penetrar á viva fuerza en los palacios en donde celebraban sus reuniones, otros en sus casas. Barthelemy lo fué en el Luxemburgo: Carnot que quería dejarse prender, escapó á última hora, y se refugió primero en Suiza y después en Alemania.

Los presos fueron condenados á la deportación, invención de Sieyes que impulsó cuanto pudo el golpe de Estado, y á la deportación fueron enviados con Barthelemy, Rovere y Bourdon de l'Oise que de jacobinos habían pasado á reaccionarios furiosos, Pichegru y muchos realistas: pero también con Barthelemy fueron condenados Boissy d'Anglas, Dumas, Simeon, Pastoret, Portalis, Barbe-Marbois y otros que nunca pensaron en alentar contra la república. Doscientos nueve fueron los deportados, miembros de los dos Consejos, el director Barthelemy, periodistas, etc., y la inhospitalaria Cayena los recibió. Al cabo de un año habían muerto de ellos treinta y cinco, y ochenta y cinco estaban gravemente enfermos. Alguno de los condenados como Boissy, lograron escapar al ser conducidos á Rochefort para su embarque. En Cayena algunos de ellos encontraron todavía á algunos de los deportados del gran Comité de Salvación Pública.

Todo esto, sin embargo, se hizo lo menos revolucionariamente posible, puesto que se consiguieron de los dos Consejos en los que, naturalmente, apenas si habían quedado mas que los partidarios de los directores, votos en regla condenando á la deportación á los que se declaraban culpables de haber atentado contra la república.

Cuando todo estaba ya terminado, el 8 de Setiembre, llegaban á París pliegos de Moreau para Barthelemy, se abrieron, y en ellos se encontraron las pruebas más completas que pudieran desearse contra Pichegru. Moreau se había apoderado de ellas en el mes de Abril, que las encontró en el equipaje de un general austriaco prisionero, y, sin embargo, las había guardado en su poder, esto durante todo el tiempo que Pichegru estuvo á la cabeza de los Quinientos. ¿Con qué intención? El Directorio no pudo consentir tan grande irregularidad, y destituyó de su mando á Moreau, reuniendo todos los ejércitos del Rhin bajo el mando de Hoche, pero éste no pudo disfrutarlo ni por pocos días, pues atacado de una tisis galopante, moría á los veintinueve años en Wetzlar, el 19 de Setiembre en su cuartel general á la derecha del Rhin, y su cuerpo fué sepultado no lejos del sitio en donde fué enterrado Marceau apenas hacía un año, esto es, en el reduto de Petersberg.

La muerte de Hoche hizo olvidar á los que corrían á ella amontonados en la bodega del buque que de Rochefort salió para Cayena en aquellos mismos días. Trabajo costó hacerlo creer, y por lo mismo la opinión de que había sido envenenado se hizo general y aún hoy hay quien lo cree.

Hoche era el único de los generales de la revolución que hubiese en su día contrareestado la influencia de Bonaparte. Éste que decía de él «que era uno de los primeros generales que había producido Francia,» decía, «que de haber vivido y se hubiese interpuesto en su camino, ó le habría dejado el paso, ó le habría hecho pedazos.» Thiers, dice en su *Historia de la revolución*: «Hoche era un sincero y leal republicano y en patriotismo y probidad igualaba á Jourdan. La libertad podía aplaudir sin temor sus triunfos y desearle victorias.»

Hoche no era envidioso de las que ganaban sus

hermanos de armas. Cuando en 1796 las grandes victorias de Bonaparte exaltaban en París las iras de los realistas que no sabían hablar más que de sus expoliaciones, Hoche salió á su defensa escribiendo el 30 de Julio: «¡Ah! bravo joven, ¿qué militar no arde en deseos de imitarte? ¡Valor, valor Bonaparte! conduce á nuestros victoriosos ejércitos á Nápoles y á Viena; responde á tus enemigos personales humillando á los reyes, y dando á nuestros ejércitos un nuevo esplendor. Déjanos el cuidado de conservar tu gloria, y cuenta con nuestro agradecimiento. Cuenta también que, fieles á la Constitución, la de-



BABEUF

fenderemos contra los ataques del enemigo del interior.» Si un año cabal después de escritas estas líneas, Hoche se disponía á defender esa Constitución que tan grave peligro corría, no hacía más que hacer lo que á Bonaparte había ofrecido, mientras éste se apresuraba ahora á recoger el fruto de sus grandes victorias.

La noticia del golpe de Estado llegó á Bonaparte el día 11 de Setiembre. Estaba en la sazón en Passeriano, en la quinta que el ex-dux de Venecia, el pobre Manin tenía cerca de Udina, en donde ahora se trataba de la paz para estar más cerca de Viena.

Hasta aquí no se había podido llegar á una inteligencia sobre sus bases, y ya los plenipotenciarios austriacos habían presentado su ultimatum reclamando el Veneto entero y las legaciones á cambio de consentir en la cesión de la orilla izquierda del Rin, cuando enterados de lo ocurrido en París que Bonaparte presentó como obra suya, Merveldt asu-

tado por las amenazas de Bonaparte de abrir de nuevo la campaña el 23, resolvía partir personalmente á Viena para aconsejar al emperador que se aceptasen las bases propuestas por el general francés, que eran, Francia guardaría la Bélgica, Maguncia, etc., y Viena tendría en compensación ó el Veneto hasta el Oglio sin la capital, ó el Veneto hasta el Adige con la capital.

El Directorio sintiéndose ahora fuerte y seguro del apoyo del ejército entero, pues había dado á Augereau el mando que tenía Hoche, bien que Augereau ambicionaba un puesto de los dos que había vacantes en el Directorio que se dieron á Merlin de Douai y á Neufchateau, resolvió hacer sentir al mismo Bonaparte su autoridad bien que sin rudeza ni nada que se pareciera á una imposición. Escribióle, pues, que en modo alguno se cediera Venecia á Austria, y como precisamente esta restricción terminante llegaba cuando ya Merveldt había salido con su ce-

sión posible, Bonaparte contestó explicando el estado de las negociaciones y pidiendo grandes refuerzos por si tenía que abrir nuevamente la campaña. Sin embargo, él, por su parte, sostenía que era necesario rendirse á las circunstancias. Pero al mismo tiempo se entendía con Talleyrand.

Thugut cuando vió á Talleyrand creyó que podría entenderse directamente con éste á espaldas de Bonaparte, y al efecto quiso negociar directamente con él. El astuto diplomático francés le cerró desde luego la puerta, y á Bonaparte le escribió dándole carta blanca para todo. Esta prueba de simpatía y de confianza dispuso á Bonaparte tan por completo

en su favor, que uno y otro correspondían á espaldas del Directorio. Así, al enviarle las instrucciones del Directorio, que hemos mencionado, no dejó de acompañarlas de una carta confidencial diciéndole si le parecía bien que Sieyes, el gran político, fuera á su lado, á lo que contestó Bonaparte con otra carta también confidencial, al responder á las dichas instrucciones del Directorio, diciéndole que nada le sería más grato, pero comprendiendo que Sieyes no podía ir á Italia á hablarle más que de política interior, quiso antes saber si estaban conformes enviándole á Talleyrand su programa, con la expresa recomendación de que diese cuenta de él sólo á Sieyes.



NAUFCHATEAU

Un nuevo Bonaparte va á presentarse á nuestra vista. Ese nuevo Bonaparte es el Napoleon del porvenir. Esto es lo que escribía.

«A pesar de todo nuestro orgullo, de nuestros folletos, y de nuestros pomposos discursos, todavía somos muy ignorantes en materia de moral política; todavía no hemos definido bien lo que es necesario entender por poder ejecutivo, legislativo y judicial. ¿Por qué ponernos el derecho de declarar la guerra y el de consentir los impuestos entre el número de las atribuciones del poder legislativo? Eso se comprende en una monarquía, en la que la Cámara de los Comunes es el único obstáculo puesto á la auides de los cortesanos; pero en una república en la que todo poder emana del pueblo, en el que el pueblo es soberano, ¿por qué confiar al poder legislativo cosas que le son extrañas en su esencia? Aquí, el poder gubernamental debería ser considerado como el verdadero representante de la nación, y reinar

observando las leyes orgánicas; se dividiría en dos magistraturas, de las cuales una, muy numerosa y compuesta de hombres experimentados é instruidos, vigilaría, pero no obraría, representaría en realidad el gran Consejo de la nación y establecería los grandes principios de la administración; mientras que el otro sería lo que hoy se llama el poder ejecutivo. Tendría, pues, el Cuerpo legislativo que fijar las grandes leyes orgánicas; pero no tendría rango en la república, ni oídos ni ojos para lo que pase á su rededor, ni nos mandaría más con sus mil absurdas leyes de circunstancias.» Un cuerpo legislativo ciego y mudo como quería Bonaparte para la república, no fué posible sino en el imperio.

Bonaparte tenía, pues, ya en París, dos hombres de grande experiencia y de gran travesura política á sus órdenes. Desde este momento puede decirse que data la unión de esas tres individualidades que por muchos años van á dirigir la política de Euro-